

Crítica de literatura

JUAN DURAN LUZIO

Falta fuerza narrativa

SI TRINA LA CANARIA, de Uriel Quesada.

Editorial Cultural Cartaginesa, 1999. 119 páginas.

La corrupción y decadencia de los sectores medios del mundo político nacional es el tema central de esta primera novela de Uriel Quesada, quien se ha distinguido entre los escritores de la década presente gracias a sus relatos breves, publicados en tres libros anteriores.

Ciertamente Quesada es un autor experto a pesar de su juventud —nació en Cartago en 1962—, y esto se demuestra aquí sobre todo en el uso de un lenguaje bastante apropiado para sus fines narrativos y en la voluntad por crear un personaje tan pintoresco como bien definido.

Sin embargo, en esta novela, lo inverosímil de los hechos narrados limita las posibilidades de un texto que, por lo demás, está bien organizado en torno a un acontecimiento dominante: el rapto de una mendiga que ronda las anexas salas de un ministerio público, presencia muy molesta para el señor ministro, sobre todo en vísperas de la visita de una misión internacional. Se encarga la tarea del burdo secuestro a Leandro Amador, funcionario menor y personaje central y casi único de la novela.

Los acontecimientos que surgen de ese problema son

todo en el relato, pero, claro, esto no parece ser suficiente ni para dar fuerza narrativa al texto ni para dotarlo de mayor interés. Es bien sabido que las buenas novelas se construyen sobre acontecimientos en general variados y que sepan interesar al lector, mantenerlo cautivo en un red de hechos o recuerdos que no le permitan retirarse por tedio o por pérdida de interés.

Uriel Quesada ha optado por reducir y caricaturizar su medio antes que por ampliarlo o asumirlo desde una descripción más razonada o menos burlesca y simple. Pero hay caricaturas que presentan la difi-



PAUL ARAGÓN / LA NACIÓN

La novela de Uriel Quesada desliza una crítica y burla a la realidad costarricense.

cultad de estar muy cercanas a lo deforme, a lo absurdo: ¿puede una mendiga silenciosa poner en peligro el prestigio de un ministerio?; ¿se lanzarán los medios de comunicación de manera tan masiva y febril detrás de un suceso más que secundario?; ¿pueden las lluvias llenar de sapos y ranas las calles de San José?

Pero es esa opción por lo grotesco la que escoge el novelista para deformar y satirizar lo narrado: "Mientras caminaba, un insistente

croar pareció cortar el paso. No veía nada, pero allí debían estar los sapos y las ranas. Se detuvo atento, después avanzó con el temor de que los pequeños batracios se convirtieran en terribles lagartos. Solo faltaba ese detalle para volver totalmente absurda esa ciudad, que de por sí había llegado al rango de enemiga" (p. 100).

Así, una alta dosis de sarcasmo se lee en las páginas de Quesada cuando describe los espacios novelados y cuando se refiere a

la vida institucional del país. Este rasgo, que comparten otros escritores de su generación, una suerte de Generación de Censores, marca la obra con un sello de desencanto y burla, todo lo cual parece ser un fin de esta novela que en ningún momento otorga concesiones, que descargue una crítica sutil, que no desea dar cabida en sus páginas a imágenes positivas del presente del país.